

LOS OBSTACULOS EN EL SENDERO ESPIRITUAL

Swami Paratparananda¹

11-4-1979

El primer obstáculo en el sendero espiritual es la incertidumbre acerca de lo que deseamos en la vida. Antes que nada debemos reflexionar bien si queremos llevar una vida espiritual con la esperanza de librarnos de nuestras dificultades mundanales, tales como las enfermedades, problemas familiares o financieros. Si llegamos a la conclusión de que ninguno de estos motivos nos impele a seguir ese sendero, debemos preguntarnos si estamos tratando de hacer algo imposible, sin significado para la vida, algo quimérico, sin sustancia alguna en sí, pero que nos puede brindar cierta satisfacción, pasar momentos de ocio sin preocupaciones mundanas, o como dicen algunos, servir como el opio. Si la respuesta es afirmativa entonces por más que nos esforcemos no tendremos los resultados debidos. La indecisión o falta de fe en lo que uno está siguiendo es perjudicial, porque no permite dar los pasos con seguridad, por decirlo así. Si por el contrario, consideramos que es una cosa importante, que es la parte real de nuestra vida, la más significativa, la más duradera y hasta eterna, como lo han afirmado miles de santos, sabios y otros maestros espirituales a través de toda la historia de la humanidad, entonces debemos indagar los motivos, las causas que nos hacen desviar sin que nos demos cuenta de ello, enflaquecer nuestro entusiasmo, incluso el interés, y dejar crecer en nosotros sentimientos mundanales con disfraz de espiritualidad.

La vida espiritual consiste en esforzarse por llegar al Espíritu, o a la Realidad, o a Dios, comoquiera que se Lo llame. Este espíritu está en nosotros, es nuestra verdadera esencia, nuestra naturaleza real. Todos los grandes maestros espirituales han declarado esto. Por ejemplo, Sri Krishna dice en el Bhagavad Guita: "Oh Aryuna, el Señor, morando en la región del corazón de todos los seres, los mueve, por Su poder, como si estuvieran montados sobre una máquina." El Señor Jesucristo declara: "He aquí el reino de Dios en vosotros está." Los Upanishads de la antigüedad también dicen: "Este Atman, siendo más pequeño que lo más pequeño y más grande que lo más grande, reside en la cueva del corazón de todos los seres." "Aquello está lejos, está muy cerca en lo más íntimo de todos, pero también está fuera de todo esto."

Proclamaciones como éstas, que aseveran la proximidad de Dios, las encontramos en las escrituras de todas las religiones. ¿Pueden ser éstas tan solo una forma de hablar para animar al aspirante a que se mueva hacia adelante? ¿O es un hecho verificable? Es algo que puede dejarnos confundidos. ¿No parece esto una paradoja, el decir que ese Ser, Dios, es

¹ Swami Paratparananda, fue el líder espiritual del Ramakrishna Ashrama, Buenos Aires, Argentina y del Ramakrishna Vedanta Ashrama, Sao Paulo, Brasil (1973-1988).

más cercano que lo cercano y al mismo tiempo no ser capaz de experimentar Su presencia?

Así es, la situación parece tragicómica, sin embargo no es un asunto de risa. Es un hecho como cualquiera. Por ejemplo, ¿que está más cerca de los ojos que la cara? ¿Pero podemos verla sin la ayuda de un espejo o una superficie reflectora? No, no podemos. No obstante, no se considera este hecho como extraño. Se lo acepta como algo bien conocido. Más aún, una pregunta semejante es considerada como una estupidez. Así también, el Señor, aunque mora en nuestro interior, queda desconocido por nosotros, por la mayoría de la gente.

¿Por qué sucede eso? Son varias las causas. Primero vamos a ver qué es lo que sirve como reflector, es decir, para tomar conocimiento de los objetos presentados ante nosotros. Es la mente. Podemos compararla con un espejo. Como sabemos el espejo tiene dos lados, uno es la superficie que refleja y el otro es opaco, a veces protegido por madera u otro material. Este espejo de la mente en la mayoría de la humanidad, por decirlo así, está con su cara reflectora hacia afuera y la cara opaca hacia adentro. Por consiguiente, la mente recibe impresiones del mundo exterior y no del Señor que mora adentro, es decir, estamos alerta o despiertos en cuanto al mundo y dormidos con respecto al Señor, estamos bien conscientes del mundo exterior e inconscientes casi por completo de Dios. ¿De qué sirve entonces quejarnos de que no podemos ver al Espíritu aunque esté muy cerca? Debemos girar la cara reflectora del espejo de la mente hacia adentro para que podamos verlo. Esto es lo que el Upanishad dice cuando afirma "El Señor auto-manifiesto creó los sentidos con la tendencia de ir hacia afuera y, por lo tanto, ellos perciben sólo lo externo y no el Ser que mora adentro. Sin embargo, alguna que otra persona bien resuelta y firme en su determinación, anhelando la liberación y retirando los sentidos de los objetos, percibe ese Ser interno."

¿Cómo podemos dirigir nuestra mente hacia adentro? ¿Cuáles son los impedimentos que aparecen en el sendero? Son los apegos, que han sido engendrados durante miles de vidas por la belleza de los objetos exteriores. Estos apegos han formado como una costra de herrumbre alrededor de las bisagras del espejo de la mente, impidiéndole moverse siquiera un poco. Junto con estos apegos han surgido otras debilidades, como la ira, codicia, lujuria, soberbia, malicia, vanidad y cosas por el estilo. Son muchas pero podemos resolverlas en dos, como dice Sri Ramakrishna, "lujuria y codicia"; o como dice Sri Krishna, "deseo" - deseo por riqueza, goces sensuales, poder, y cosas semejantes. Los Upanishads las califican de búsquedas y las dividen en tres, de tener hijos, riqueza y llegar a los cielos, otros tantos mundos de goce.

Vamos a analizar esta cuestión: ¿Cuál es el motivo subyacente en esos deseos, búsquedas o codicias? ¿No es la felicidad este motivo? Debemos admitir que lo es. Pero ¿hay felicidad en las cosas del mundo? ¿Se la encuentra en los objetos sensorios? Si se presume que la felicidad está en los objetos, debe existir siempre en ellos. Porque en ese caso la felicidad será una cualidad inherente del objeto, así como el calor y la luz

son cualidades inherentes del fuego. Pero, vemos que no es el caso de los objetos. Notamos que el mismo objeto nos brinda algunas veces felicidad y otras, dolor o incomodidad. El calor del fuego en una noche fría es agradable y deseable, pero el mismo fuego en un día de sol sofocante se hace insostenible. Cuando las cosas son así, ¿cómo podemos suponer que la felicidad está en el objeto? El objeto en este caso no cambió su cualidad sino que mantuvo su naturaleza; lo que cambió fue nuestra actitud hacia él. Se puede decir que la felicidad del objeto depende del lugar y del tiempo. Supongamos que una persona esté favorecida por muchas de esas cosas placenteras pero que haya sufrido una calamidad, la muerte de un ser querido, por ejemplo, ¿tendrá felicidad aunque esté rodeada de todas las atracciones del mundo? No. De ahí podemos concluir que la felicidad no está en el objeto sino que es una condición de la mente. Los objetos son solamente los instrumentos que estimulan la alegría o la miseria. El rol principal lo juega la mente.

También bajo la presión de las circunstancias la mente cambia sus gustos y aversiones. Una persona que en cierto tiempo era querida cesa de serlo cuando se alteran las circunstancias. Esto muestra que la mente no sigue un curso rígido ni reglas determinadas. Entonces, por qué no hacerla tomar interés en el propio Ser. Es posible, se lo ha hecho antes y se lo puede hacer de nuevo, sólo tiene que liberarse la mente de sus enredos. Ésta se ha sumergido desesperadamente en el mundo. Hemos dejado al mundo durante mucho tiempo entrar en la mente. Es como si se permitiera entrar el agua al bote; el bote puede entrar en el agua pero no el agua en el bote, pues lo haría zozobrar si no se la sacara y cerrase las rendijas o agujeros por los cuales entra. Sólo entonces éste puede seguir su curso sin peligro. Del mismo modo, si dejamos que los sentidos nos lleven donde ellos quieran entonces nuestro destino será como el de ese bote. Se puede preguntar: ¿Por qué no satisfacer los deseos y terminar con ellos de una vez por todas? Esta sería una solución sencilla si pudiéramos agotar los deseos con solo darles curso. Pero la experiencia humana ha sido hasta ahora la opuesta, es decir, cuanto más uno los satisface tanto más aumentan; y más aún, cada uno de estos deseos satisfechos hace surgir otros cientos, no viéndose su fin. También puede compararse la mente con un desierto sediento: no hay agua que lo satisfaga. Buddha descubrió que esa sed era la causa primaria de toda miseria. Este correr detrás de los objetos del mundo - cuántas cosas desagradables trae como séquito! Ira, celos, odio y otros, son sus compañeros inseparables, y cuando entran en la mente hacen de ella un calderón de descontento.

Sri Ramakrishna decía: "La enfermedad mundanal es como la tifoidea. Y en el cuarto del paciente hay una jarra de agua y pickles de tamarindo. Si queréis curar al paciente de la enfermedad tenéis que alejarlo del cuarto. El hombre mundano es como ese enfermo de tifoidea. Los distintos objetos de goce son como el pote de agua y los pickles, y su deseo de gozar es como la sed. El mero pensar en pickles hace agua la boca; no hay necesidad que los traigáis cerca, y el hombre está rodeado de ellos. Tiene que ir a la soledad por algunos días y pensar en Dios; y una

vez fortalecido en su vida espiritual puede volver al mundo.”

Los sabios aconsejan que retiremos la mente de los objetos de goce. ¿Cómo podemos hacerlo? Controlando los sentidos que continuamente están alimentándola con las sensaciones de los objetos. El ojo ve cosas lindas y tienta a la mente; los oídos le llevan sonidos placenteros y la hechizan; del mismo modo los otros órganos de tacto, gusto y olfato la encantan llevándole las impresiones de sus propios objetos. Es sólo evitando los objetos sensorios y dirigiendo la mente hacia Dios que se puede gradualmente dominarla, y no dando rienda suelta a los sentidos o deseos. El Kathopanishad con una hermosa alegoría explica este punto: “Sabe que el cuerpo es como la carroza, el ser como el dueño, el intelecto como el auriga, la mente es como las riendas, los sentidos son los caballos, y los objetos, los caminos. Los sabios llaman al ser que está identificado con el cuerpo, los sentidos y la mente, el gozador. El que no es hábil y tiene una mente siempre veleidosa, encuentra sus sentidos como los caballos indómitos fuera del control del auriga. Por el contrario, el que tiene discernimiento y una mente reunida, halla a sus sentidos como a caballos bien entrenados, que se someten fácilmente al auriga.” Sri Shankaracharia comentando este verso explica: “Si el intelecto, que es como el auriga, es ignorante, no despierto, sin el discernimiento de qué es lo que debe hacer, y qué evitar, y permite a la mente, que es como las riendas, actuar como ella quiera o vagar, entonces los sentidos, como los caballos indómitos y viciosos, serán imposible de dominar.” Y el resultado será que la carroza, junto con el dueño, pronto se verá en dificultades.

Pero el trabajo de retirar la mente de los objetos sensorios es difícil, pesado y lleva mucho tiempo. No hay un método fácil, tengamos esto bien claro. No se ha encontrado nunca ningún tesoro por el mero hecho de haber tenido conocimiento de su ubicación. Nunca se tuvo éxito en ningún campo de la vida sin esfuerzo. Cuan pueril del hombre creer que podrá alcanzar lo Altísimo sin trabajar, sin sentir desasosiego por Él, sin sentir angustia de tal grado que le haga perder el sueño y olvidarse del hambre y sed y otras necesidades físicas! Creer en eso será hermoso en momentos de ocio pero no beneficiará al ser humano que quiere verdaderamente sentir a la presencia del Señor, que quiere verlo. Shankaracharia en el Vivekachudamoni, (Joya Suprema del Discernimiento) ilustra esto bien gráficamente “Sin vencer los enemigos, y conquistar todo el territorio, si uno proclama ‘Soy el emperador’, no será considerado como tal. Del mismo modo, sin deshacerse de los apegos a los objetos del mundo, y conocer directamente al Ser, por el mero pronunciar las palabras ‘soy Brahman’, uno no llega a tener la liberación.” Goethe, el poeta alemán, comenta: “Feliz es el hombre que aprender temprano en la vida la gran diferencia que existe entre sus deseos y sus fuerzas.” Todo esto nos muestra que no se puede obtener nada solamente por abrigar el deseo, sino que se debe hacer los esfuerzos debidos.

Ahora bien, existen dos métodos por los cuales uno puede llegar a tener el gusto por una vida más elevada. El primero consiste en permitir a la mente adquirir la experiencia de los frutos dulces y amargos de la vida,

de los que ella es tan anhelante, hasta que un fruto muy amargo la haga detenerse y preguntarse: ¿después de todo, es eso lo que significa el goce? Para la mayoría de la humanidad esta experiencia es necesaria para poder apreciar el gusto de la vida más elevada. A menos que uno haya saboreado los frutos amargos de la vida no quedará convencido que este mundo no es un lecho de rosas, sino también de espinas. Ni el mayor de los maestros espirituales puede remediarle esto. Sri Ramakrishna cierta vez hablando de éstos dijo: “Hay tres clases de preceptores así como las hay de médicos. Algunos de los médicos revisan al paciente, recetan los remedios y se van y no se preocupan más si el enfermo ha seguido sus instrucciones o no, y estos son los de la clase inferior. Luego están los mediocres, que tratan de convencer al paciente razonando con él, persuadiéndole de tomar los medicamentos que él mismo ha preparado. Después están los de la clase superior, que usan si es necesaria la fuerza para obligar al enfermo a tragar la medicina. Del mismo modo, algunos maestros sólo dan la instrucción al discípulo y no se preocupan por saber si éste la ha seguido o no. Son de la clase inferior. Hay otros que tratan de persuadir a sus discípulos de varias maneras, para que sigan su instrucción, pero si los discípulos no les hacen caso no se molestan más. Pero preceptores de la clase superior no solamente instruyen a los discípulos sino que vigilan el cumplimiento de su instrucción, usando la fuerza de ser necesario.” En esta ocasión también agregó: ‘Pero se debe tomar en cuenta el factor tiempo.’ Oyendo esto un pandit que había ido a visitar al Maestro le preguntó: ¿‘Señor, si hay maestros espirituales de los que Ud. acaba de decir, entonces, ¿por qué dijo que se debe tomar en cuenta el factor tiempo?’ Sri Ramakrishna contestó: “Sí, eso es verdad, pero ¿qué puede hacer hasta el mejor médico si la medicina que vierte en la boca del enfermo se vuelca afuera y no llega al estómago? Del mismo modo, si la mente del discípulo no quiere aceptar y seguir la instrucción del maestro, debido a los fuertes apegos y deseos que abriga hacia las cosas del mundo, ¿qué puede hacer el mejor de los Gurús?”

El segundo método consiste en el discernimiento entre lo Real y lo irreal, lo Eterno y lo transitorio. Los que ya pasaron por las experiencias referidas, sea en esta vida o en las anteriores y se han convencido que no existe felicidad eterna en las cosas del mundo, al oír hablar de una vida más elevada tratan de comprender y seguir ese sendero. Pero la mente que ya estaba inmersa desde mucho tiempo en la vida mundanal no puede ser retirada de pronto. La mente que se ha acostumbrado a pensar en cierta manera no puede de repente cambiar a un modo totalmente opuesto. Primero tiene que afirmar la idea de que el mundo es transitorio, luego vendrá el deseo de evaluar las cosas en sus propias perspectivas, sin preconcepciones ni prejuicios; con esto vendrá el desapasionamiento. Para que éste se arraigue fuertemente en la mente debemos usar el discernimiento, el que enseña: Sólo Dios es real y todas otras cosas son irreales, sólo el mago es real, pero su magia es irreal, existe por momentos. Debemos repetir esta idea constantemente hasta que la mente la acepte y la ponga en la práctica. Al principio, en algunos casos, también durante

mucho tiempo, la mente resistirá con toda su fuerza; caerá una y otra vez en los surcos ya formados, los hábitos ya cultivados. Sin embargo si queremos alcanzar la paz duradera, tendremos que persistir en nuestras tentativas y evitar caer en las trampas que la naturaleza ha extendido en todas partes. Es una vigilia de toda la vida; un aspirante espiritual nunca puede darse el lujo de permitirse aflojar su vigilancia de sí mismo, sin riesgo de perder lo adquirido. Sri Ramakrishna solía decir: "Uno se capacita a renunciar al apego a la lujuria y codicia por la práctica constante de la disciplina espiritual. Por la práctica uno adquiere poderes extraordinarios de la mente. Entonces no halla difícil dominar los sentidos y las pasiones como la ira, lujuria y otras semejantes." Sri Krishna también dice lo mismo en el Bhagavad Gita: "Oh hijo de Kunti, se puede controlar esa mente veleidosa por la práctica y el desapasionamiento." Sri Ramakrishna advierte incluso a los que habían avanzado en el sendero espiritual acerca de las tentaciones. Debemos tomar nota de esto y tener mucho cuidado en no aflojar nuestros esfuerzos por cuidarnos de los encantos del mundo.

La vida espiritual, como dijimos en el principio de esta charla, no es solamente un modo de vida, un seguir algunos dogmas o credos, sino un esfuerzo por llegar a Dios, por realizar, sentir íntimamente nuestra verdadera naturaleza. Sin tener este fin en vista la vida espiritual se tornará árida, pues la mente no puede estar vacía, necesita de un apoyo, algo para pensar, un objetivo para alcanzar. Por lo tanto, junto con el desapasionamiento, que es un sentimiento negativo, es decir, el que niega aceptar las cosas placenteras, debemos cultivar el gusto por lo positivo, lo bueno como dice el Kathopanishad: "Le rodean al ser humano lo bueno y lo placentero; el que es sabio, discerniendo, elige lo bueno y descarta lo placentero mientras que el ignorante, pensando en el bienestar, persigue lo placentero." Si la mente está convencida de que no está perdiendo nada sino que será dueña de una paz duradera cuando alcance la meta, entonces podemos prevenirla de que resbale y caiga en sus defectos anteriores. Sri Ramakrishna afirmaba: "Cuanto más uno va hacia el este tanto más el oeste se queda atrás; del mismo modo, cuanto más uno va acercándose a Dios tanto más lejos deja los apegos a los objetos del mundo." Estos pierden su poder en la mente de aquel hombre que se deleita pensando en Dios, en oír hablar de Él y escuchar Sus glorias. Sri Ramakrishna decía: "¿Acaso un refresco hecho de melaza atrae a una persona que ha saboreado uno hecho de azúcar cande? Así también el que ha saboreado aunque sea una sola vez la dicha de Dios no será atraído por la felicidad que los objetos del mundo puede brindarle. Le sabrá insulsa." Pero para llegar a tener este gusto debemos trabajar duro, hacer muchos sacrificios en el sentido en que el hombre común los comprende.

Ahora bien, el hombre nace en este mundo con varias tendencias, algunas buenas, otras viciosas. Estas le obligan, por decirlo así, a fundirse en un molde particular. Son muy poderosas en un hombre común y lo hacen su esclavo. Pero son creaciones propias de sus vidas anteriores como hombre, dicen las escrituras hindúes. Porque ellas declaran que las acciones hechas por los otros seres como los animales, no tienen resultados

acumulativos, no crean karma; sólo el hombre, dotado como es de la facultad de discernimiento, cuando no la utiliza para distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo, y obra egoístamente, crea las tendencias viciosas, las que permanecen en la mente. La mente no muere cuando uno deja el cuerpo, sino que acompaña al ser y lo lleva a distintas regiones según sus méritos, y luego le hace nacer como hombre u otro ser, dependiendo del resultado de sus acciones; cuando éstas han sido muy malas, nace como insecto u otro animal. Sólo cuando hay un equilibrio entre las acciones buenas y malas del hombre, él vuelve a nacer como hombre. Pero recordamos que todas esas tendencias son creaciones, nuestras.

Swami Vivekananda dice que ya que el hombre ha creado estas inclinaciones, puede, si lo anhela, crear nuevas y mejores para contrarrestar las anteriores. Haciendo bien a los demás y pensando buenos pensamientos se crean buenos samskaras. Los pensamientos, debemos darnos cuenta, son tan poderosos como las acciones para crear las tendencias; porque es el pensamiento constante en alguna idea el que nos impele a actuar de esa manera. Además, el pensamiento deja su sello en la mente para siempre, que actúa como la semilla pronta a germinar cuando las circunstancias son propicias. Esto ha sido explicado con claridad por Sri Krishna en el Bhagavad Gita: "En el hombre que piensa constantemente en las cosas del mundo surgen los apegos a ellas; con el apego viene el deseo; del deseo surge la ira; la ira ofusca la mente; con la ofuscación pierde la facultad de recordar los valores de las cosas; luego pierde la facultad de discernimiento, y como consecuencia sufre la muerte espiritual." Esta es la manera en que actúa el pensamiento, pero no estamos conscientes de ello. Cómo podemos contrarrestar estas fuerzas lo hemos tratado en detalle en nuestras charlas anteriores, por lo tanto aquí sólo mencionaremos algunas de las prácticas que nos pueden ayudar. Primera, es la repetición del Nombre de Dios. ¿Qué hay en el nombre de Dios? No son más que cuatro letras, ¿de qué sirve repetirlo como un loro?, dicen algunos escépticos. ¿Pero se preguntaron alguna vez cuando están pensando intensamente en un ser querido que reside en un lugar lejano, de qué sirve pensar en él? Dios es más íntimo que cualquier pariente o amigo; repetir Su nombre es pensar en Él; es como no poder imaginar a una persona sin traer a la mente su nombre y forma. En otra ocasión hemos citado los dichos de los grandes maestros espirituales, tanto antiguos como recientes, en los cuales ellos afirman que Dios y Su nombre son idénticos, que éste es tan potente como el mismo Dios.

Otra ayuda es la compañía de seres avanzados en la vida espiritual, los que siempre recuerdan a Dios, hablan de Él, y cantan Su nombre y glorias; retirarse a la soledad por lo menos unos días y dedicarse todo ese tiempo en el pensamiento de Dios; tener una disposición cariñosa con toda la gente con que uno llega a ponerse en contacto; la práctica del discernimiento; son algunas otras disciplinas que nos ayudan en el sendero espiritual.

Está también el sendero de Karma yoga, ejecutar acciones benéficas

para otros en la manera enseñada por el Bhagavad Guita. Swami Vivekananda dice al respecto, "Debemos trabajar por amor al trabajo sin importarnos el renombre, fama o el ir al cielo. Trabajar sólo porque de ello saldrá lo bueno." Agrega Swami Vivekananda: "Hay otros que hacen bien a los pobres y ayudan a la humanidad teniendo motivos aún más elevados, porque creen en hacer el bien y aman lo bueno." Luego continúa: "Amor, verdad e inegotismo no son simplemente figuras retóricas de la moral, sino forman nuestro ideal más elevado, porque en ellos reside una manifestación muy grande de poder. Un hombre que puede trabajar durante cinco días, o hasta sólo cinco minutos sin ningún motivo egoísta, sin pensar en el futuro, en el cielo, el castigo o cualquier cosa de ese tipo, posee en él la capacidad de hacerse un poderoso gigante moral." Este método puede ser utilizado por la gente de cualquier parte del mundo y en cualquier etapa do la vida, para purificarse moralmente, y hasta para alcanzar a lo Altísimo.

¿Cómo podemos trabajar abnegadamente? Swami Vivekananda nos enseña: "Debemos comenzar desde el principio; aceptar los trabajos a medida que nos van llegando y, poco a poco, hacernos más abnegados cada día. Debemos hacer el trabajo e indagar la fuerza motriz que nos impele a actuar, y, casi siempre sin excepción, en los primeros años, hallaremos que nuestros motivos son egoístas; pero gradualmente este egotismo se desvanecerá por la persistencia, hasta que al final llegará el día en que podremos hacer trabajo realmente abnegado."

Uno de los muchos consejos sanos que Sri Ramakrishna da respecto a cómo se puede apartar la mente turbulenta de su preocupación mundana será de inmensa ayuda a todos los aspirantes. Dice él: "No se puede lograr nada sin discernimiento y renunciamento. Pero no es posible adquirir ese renunciamento de pronto. El factor tiempo debe ser tomado en consideración. Sin embargo, también es cierto que un hombre debe oír acerca de la renunciación. Así, cuando llega el momento oportuno, ese hombre se dirá a sí mismo: 'Oh sí, ya había oído acerca de ello.' También debéis recordar otra cosa: al oír hablar constantemente acerca de la renunciación vuestros deseos por los objetos del mundo disminuirán poco a poco. Uno debe tomar agua de arroz en pequeñas dosis para curar la embriaguez producida por la bebida alcohólica. Entonces, en forma gradual, se va recuperando." La mundanalidad es como la embriaguez y el oír hablar de la renunciación es como tomar el agua de arroz para curarse esa embriaguez. Pero Sri Ramakrishna no insiste en la renunciación externa para el hogareño, sino que le recomienda que renuncie a las cosas internamente, que desarrolle desapego hacia ellas.

Que podamos superar los obstáculos en nuestro camino y llegar a Dios, sentir Su presencia vívidamente en nosotros antes de despedirnos de este mundo.
